



DECADENCIA DEL VEDETISMO

HACE algunos años los periódicos y las revistas se disputaban las declaraciones, por simples y analfabetas que fuesen, de las vedetes y vedetos de moda. Todos los días, como si fuese el parte meteorológico nacional, sabíamos dónde estaban situados los ciclones y los anticiclones de los apetitos nobiliarios de la Lola Flores, la última lesión de Gento o de qué reserva era la leona de turno que acompañaba al Cordobés. Hoy las cosas han cambiado. Ahora apenas se habla de personas. Hoy están de moda los grupos, las Sociedades Anónimas, las tendencias. Y no digamos las ganas de asociaciones o partidos. Ahora interesa más la sed compradora de Rumasa que los modernos cócteles que se haya podido sacar de la manga Perico Chicote, noticia diaria en los periódicos de los años cincuenta; se habla más de los planes estratégicos de los entrenadores de los equipos de fútbol que de las pantorrillas de los futbolistas, y no digamos nada del mundo político o pseudopolítico: interesa mucho más saber a qué grupo pertenece el alevín que ha fichado para pez gordo futuro que las señas personales del alevín recién soldado al torrente político. Hasta los periodistas se agrupan para formar un racimo que tenga peso y consistencia. Ahí tenemos, sin ir más lejos, a todas esas uvas

anónimas que han conseguido personalizarse con el nombre de Tácito.

Hoy nadie quiere ser hacia afuera. Fuera está el riesgo, el peligro, el posible ridículo. Dentro, en los clubs, en el salón-comedor del que tiene la casa más grande y moderna, en las redacciones, en los despachos, está la posible aventura del poder, la aventura segura y anónima. Está cambiando nuestra manera de ser. Ya no queremos distinguarnos. Pasamos veloces por las calles ocultos en nuestros coches, ponemos nuestras propiedades a nombre de nuestras esposas y hasta preferimos que no aparezca nuestro nombre en las listas de los contribuyentes, expuestas a la curiosidad de gente plebeya y entrometida.

Todo esto es un buen signo. Estamos adquiriendo una virtud desconocida entre nosotros hasta hace poco: la modestia. Todo esto es un buen signo. Repetimos, hemos dejado de ser vanidosos. Eso lo dejamos para las estarletes que quieren enseñar medio muslo en la televisión. Nosotros somos más sencillos y preferimos no dar la cara ni el medio muslo. Es mejor. Nunca se sabe si algún día alguien va a atreverse a pedirnos cuentas, que luego pasa lo que pasa. Ahí tenemos al pobre Nixon, sin ir más lejos.

AUGUSTUS ARLINGTON



EL ARCHIVO DE DON CLAUDIO



—Lo malo no es que me haya abandonado el desodorante, sino que también lo hayan hecho mi señora y mi administrador.



—A continuación voy a cantar el polo que dice: Carmonaaaaa tiene una fuente, con catorce o quince caños...